LA REVISTA QUE EXISTE FUERA DE SUS PÁGINAS

Una revista científica parece estar hecha de lo que publica. En el caso de *Interciencia*, Artículos, Comunicaciones y Ensayos ocupan sus páginas; los contamos, los citamos, seguimos su impacto y su presencia en bases de datos y evaluamos, a partir de ellos, parte de la trayectoria de la publicación. Sin embargo, mucho de lo que permite que una revista exista no aparece en ninguno de esos registros.

Hace más de dos décadas, un editorial de esta revista llamó a los árbitros sus "héroes ocultos", en reconocimiento a quienes aportan conocimiento, tiempo y rigor a la evaluación de manuscritos sin que sus nombres acompañen los trabajos publicados. Aquella reflexión advertía que la continuidad de una revista depende de numerosos factores y de muchas personas invisibles para sus lectores. Los árbitros eran —y continúan siendo— parte esencial de ese mundo invisible. Pero no están solos.

Entre el manuscrito que un autor envía y el trabajo que finalmente encuentra un lector existe un territorio que casi nunca se ve. Allí están la lectura inicial y las decisiones editoriales; la búsqueda, muchas veces difícil, de especialistas dispuestos a evaluar; sus observaciones; las respuestas de los autores; las nuevas versiones y, en ocasiones, nuevas evaluaciones. Algunas historias terminan en publicación. Otras no. Pero unas y otras consumieron tiempo, conocimiento y trabajo que ninguna página llegará a registrar.

Incluso un manuscrito rechazado puede llevarse algo de una revista. Una observación acertada, una debilidad metodológica advertida a tiempo o una evaluación rigurosa pueden mejorar una investigación que finalmente será publicada en otro lugar. Esa contribución nunca será atribuida a la revista que intervino en el proceso. No habrá una cita que la contabilice ni un indicador que la reconozca. Desaparecerá de su historia visible.

Cuando un trabajo es aceptado comienza otra forma de invisibilidad. Hay que revisar, corregir, uniformar, comprobar referencias, preparar tablas y figuras, trabajar los textos en los idiomas de la revista, diagramar y volver a revisar. La labor editorial no termina con la aceptación, sino cuando cada página alcanza la forma en que llegará al lector.

Pero existe una realidad todavía más elemental que pocas veces forma parte de las conversaciones sobre calidad científica: una revista también tiene que sobrevivir. El rigor editorial no paga por sí mismo los costos de una publicación, ni la calidad de los manuscritos garantiza los recursos para producirla. Cuando no se cuenta con subsidios, alguien debe procurar los medios que permitan que el siguiente número llegue a existir. Buscar recursos y administrar los disponibles no produce conocimiento científico ni deja una firma en un trabajo publicado, pero permite que ese conocimiento tenga un lugar donde publicarse.

Tampoco termina allí el proceso. Diagramar significa transformar textos, tablas y figuras en las páginas que reconocerá el lector. Después, cada nuevo número debe incorporarse al espacio digital y ponerse a disposición del público. Lo que parece ocurrir sencillamente —una página ordenada, un trabajo disponible mediante un clic— esconde trabajo que resulta menos visible cuanto mejor ha sido realizado.

Interciencia incorpora, además, una colaboración que forma parte de su identidad y no es común a todas las publicaciones científicas. Desde hace años, obras de artistas de América Latina y el Caribe acompañan nuestras ediciones gracias a artistas y galerías que autorizan generosamente su reproducción. No constituyen un elemento meramente ornamental: mantienen abierta, junto a la difusión de la ciencia y la tecnología, una ventana hacia otra expresión de la creatividad de nuestra región.

Detrás de cada número confluyen el trabajo editorial, la administración, la diagramación y la gestión del portal digital, junto con las contribuciones de autores, árbitros y, en nuestro caso, artistas y galerías. Todos forman parte de una construcción colectiva mucho más compleja que la suma de los trabajos publicados. Algunos nombres quedan registrados; otros no. Algunas contribuciones pueden medirse; otras desaparecen una vez cumplida su tarea.

Vivimos en una época inclinada a medir la actividad científica. Contamos publicaciones, citas, descargas, índices e indicadores. Son referencias necesarias, pero existe el riesgo de confundir aquello que podemos contar con todo aquello que tiene valor. ¿Cuántas horas hay detrás de un número? ¿Cuántas decisiones, mensajes, correcciones, búsquedas, revisiones y gestiones que nunca conocerá el lector? ¿Cuántas personas hicieron algo necesario para que una página llegara a existir y no aparecerán jamás en ella? No tenemos un indicador para eso. Quizás tampoco lo necesitemos.

Una revista tiene una historia visible, preservada en sus volúmenes y páginas, que puede consultarse, citarse y medirse. Existe otra, hecha de tiempo, conocimiento, decisiones, persistencia y colaboración, que no queda registrada de la misma manera.

Una historia está en sus páginas. La otra hizo posible que esas páginas existieran.

Ana Raquel Picón Ávila
Editora (E)
INTERCIENCIA